

BIBLIOGRAFÍA

LOS PUEBLOS DE ESPAÑA, por Julio Caro Baroja.—Editorial Barna. Barcelona 1946.

El caso de Caro Baroja es sorprendente; se enfrenta ante problemas vastos y complejos que por su especial naturaleza parece que habían de exigir el sacrificio de una vida dilatada de intenso trabajo y, sin embargo, los encauza y resuelve en plena y auténtica juventud. Ha tenido la virtud de matar los pájaros locos que cantan ruidosos en los amaneceres apasionados de cada uno y presta oídos, nada más, a las voces prudentes y maduras. Ha empezado por donde la juventud impetuosa suele terminar es decir, por hacerse un método y, el resultado es que ha obtenido, a su favor, la diferencia de casi una vida de trabajo. Así se explica la calidad, variedad y volumen que alcanza su obra apenas iniciada. Es el fruto del método puesto al servicio de una sólida formación científica y de una innegable capacidad.

Este libro **Los pueblos de España** que nos ocupa, por ejemplo, no parece un libro de juventud; es reposado, profundo a pesar de su propósito vulgarizador que no por eso se desnaturaliza y, transparente; tiene un dominio y una serenidad de madurez plena. Caro no se deja seducir en él, por cantos de sirena, sino al contrario, arremete objetivamente contra ellas, cuando cree que no le dejan oír con claridad otras voces más limpias y desmonta sin escrúpulos, viejos prejuicios y andamiajes más o menos complicados. Es, hay que decirlo, un poco iconoclasta, pero de casta le viene la sangre; él va a lo suyo, a mantener los principios que se deducen de una recta investigación caiga quien caiga. En este libro, ya lo dice honestamente en el prólogo, no se ha servido de materiales inéditos, ha utilizado los recogidos por otros autores que le han precedido, pero él les ha dado novedad al enjuiciarlos, contemplándolos desde una plataforma diferente y, sin duda, más objetiva y moderna, lo que le lleva a una visión completamente nueva del paisaje humano que nos brinda en sus páginas.

No podía faltar en el volumen, tratándose de un libro sobre la generalidad de la península, una parte especial dedicada al sector vascongado del que ya se ocupó anteriormente en **Los pueblos del Norte de España**. Y, en efecto, consagra a él su amorosa y desapasionada atención con la escrupulosidad a que nos tiene acostumbrados.

Para estudiar la historia de nuestro País, como para hacerlo en general de la historia de España habrá que contar, forzosamente, con la visión que ahora nos ofrece Caro Baroja.

Excelente expositor, tiene la virtud de dar soltura y garbo y hasta amenidad, a los problemas más abstrusos, lo que no deja de ser bien raro entre eruditos e investigadores.

M. C.-G.



ESTAMPAS CARTUJANAS, por Antonio González.—Ilustraciones de José Ortiz de Echagüe. La Editorial Vizcaina. Bilbao 1947.

Hace unos años que los editores españoles vienen poniendo un singular esmero en la confección y presentación de sus libros como si quisieran ganar el comprador por los ojos. A pesar de las dificultades del momento, los escaparates de las librerías son hoy, un regalo a la vista. Nuestros editores se han enterado, al fin, de que a los libros hay que pasarles la mano por el lomo, antes de leerlos, en una caricia amorosa. Claro que este afán puede hacernos caer en el peligro de que el lector se quede en bibliófilo pero ¡qué caramba!, después de todo tampoco es mal oficio.

No obstante este clima de buen libro que hemos empezado a disfrutar, las **Estampas Cartujanas** sorprenden e impresionan; son radiantes como día de julio, llenas de luz, sin nubes; una plenitud lograda las envuelve de la portada al colofón.

Pero no nos quedemos en bibliófilo y entremos en el texto que, a la postre, es lo que interesa. De ser costumbre anteponer el tratamiento a los escritores como se hace con los médicos o los arquitectos, pongo por caso, —nunca he comprendido por qué hemos de ser de peor condición.— al hablar de Antonio González yo le llamaría Dom, con m, igual que si fuera un cartujo de Miraflores. Es que terminada la lectura de las Estampas cuesta hacerse a la idea de que su autor no sea un monje de la Trapa; tal es el amor, la intimidad, el silencio del libro; los relatos están hechos con apretada unión de labios cerrados lo mismo que los haría el San Bruno de Pereyra.

Dos factores han podido influir en la disposición anímica del autor para una compenetración tan perfecta con el tema que trata: uno, el cristiano respeto y la veneración religiosa que le inspira la Orden y, otro, el afecto fraterno por el amigo perdido para el mundo y encerrado allí, en los muros venerables de Miraflores. ¿Cuál de los dos ha podido más?; ¿no habrá nacido el uno del otro?; no es fácil determinarlo, pero sí evidente, que en la recogida y misteriosa clausura, flota impresionante, la sombra del amigo y que el recuerdo de él, da calor y humanidad a los fríos muros claustrales.

Sea cualquiera la causa, el resultado es que la obra tiene una emoción entrañable, hecha con una prosa encendida de luminosos destellos que proyectan luz y sombras de un profundo recogimiento monacal.

M. C.-G.



CAMINANDO, por José de Arteche.—Editorial Icharopena. Zarauz 1947.

A la chita callando, encerrado en su torre de marfil, José de Arteche va haciendo una obra. Sordo a los gritos más o menos destemplados de cada día, sólo, sin corro, humildemente en la acepción noble del vocablo, labora sin cesar. Y su obra, claro está, va creciendo; los edificios de

cantería se labran piedra a piedra y, Arteche, piedra a piedra está haciendo el suyo.

Casi de la mano de otros dos libros que han sido comentados en esta Sección, nos ha dado ahora, este tercero que es el quinto de su bibliografía, **Caminando**. Acaso el título no sea del todo exacto, pues Arteche no camina, trabaja y, trabaja además, encerrado en su torre de recuerdos y afectos, lo que quiere decir que está cogido por el corazón; y cuando unas cadenas nos atan no es fácil caminar. Pero tampoco hace falta, si se tiene sensibilidad, los afectos y recuerdos son tierra bastante para crear un mundo. Arteche la tiene; no quiere olvidar nada, para todo guarda un rincón propicio: es el cuaderno manuscrito encontrado en su mocedad y que le sirvió de desahogo a su naciente curiosidad literaria; la anécdota que oyó referir siendo niño; el abrazo fraterno que dió a su padre el emigrado que venía a morir a su pueblo natal; la ingenua vanidad de pescador, del autor de sus días; los maizales y los pajaritos que vió de niño, los paisajes...; todo le canta a Arteche en el corazón y lo va dando con emocionado cariño.

Caminando es un libro amable, cordial; a mi juicio el más logrado literariamente de los que nos ha dado hasta ahora; la prosa, suelta y transparente, corre como el agua de un arroyuelo; la emoción, bien matizada, no cae en sensiblerías. ¡Bien humano es el capítulo "Pérez Galdós en Azpeitia", rebosante de filial unción!; acaso el más fino de todos.

M. C.-G.



"GANICH DE MACAYE", *Gentilhomme basque*—Preface de S. A. le Prince de Bourbon, por Henry Penneel.—S. I. E. P. París 1946. 253 páginas.

Agradable encargo es para el crítico literario glosar una buena novela, ese producto artístico tan preciado y tan ausente, hoy por hoy, de los escaparates. Novela —novela de costumbres—, y de primera categoría es la firmada por Henry Penneel. Analicémosla. En primer lugar el autor se encontró coaccionado por el problema de los géneros. Ganich de Macaye, personaje histórico del que se conocen multitud de aventuras, dichos, "boutades" y detalles, podía demandar que se le biografara. Henry Penneel, sin ajustarse apretadamente a los cánones de la biografía, optó por escribir una novela histórica, género ni mucho menos fácil o anticuado, sino por el contrario muy exigente con quien intenta cultivarlo. "Ganich de Macaye", es por lo tanto una biografía novelada y también —como el mismo autor lo indica en la portada de su obra— un relato de costumbres, una narración de hábitos peculiares, de usos vascos. Detalle delicado, de parte del autor, ha sido el subtítular su libro con la denominación aplicada a Ganich de "gentilhomme basque". En lo que concierne la técnica de la novela, Penneel la maneja perfectamente. Obsérvese el comienzo de la novela que describe la región vasca que sirve de escenario a las aventuras de Ganich y las opiniones sobre este último de dos gendarmes de Luis Felipe.

Vamos sabiendo del protagonista por boca de terceros y así se nos aparece su figura como entre nieblas, sin los accidentes de los prejuicios. Más adelante se nos muestra Ganich en el ejercicio de su oficio de contrabandista, generoso y justiciero. Los episodios de su vida aventurera son presentados por uno biógrafo con un arte de gran estilo aplicado a la novela de aventuras. Los capítulos acaban —como en las obras maestras del género— cuando algún acontecimiento hace peligrar la vida del héroe. Pero más que por las cuitas contrabandísticas de Ganich nos interesamos por sus amores con Catalin. Amores descritos con una delicadeza a lo Girandoux, amores de gran calidad anímica. Catalin es el arquetipo de la mujer vasca. Silenciosa, sufrida, amante, hogareña, valiente. Después de vivir con Ganich en los montes vascos, pasando fardos "de aquí para allá" como dicen los profesionales, le vamos a ver siendo contrabandista oficial de D. Carlos, vamos a oír las palabras de agradecimiento de boca del propio rey y a sentir la caricia del vaho cálido que despiden las anchurosas fosas nasales del caballo de Cabrera. Todos estos cuadros históricos están pintados con modelos redivivos, sin monigotes acartonados haciendo las veces de personajes trascendentales. La novela termina con la boda de Ganich y Catalin, después de una muy superficial infidelidad —puramente imaginativa— del contrabandista. El estilo de Henry Penneel es claro, a veces muy preciso en las descripciones, otras muy romántico y poético, en la pintura de sentimientos. No es una novela realista, ni una novela cerebral o romántica. Se trata de una gran novela a secas. El prólogo de S. A. el Príncipe Javier de Borbón posee cualidades literarias inmejorables. Un tono exacto, patricio, una precisión digna de alabanza, ya que nunca la frase tiene cáncer, es decir palabras innecesarias que estorban y enturbian la nitidez de la idea. Un gran libro y un gran prólogo, en suma.

R. V.



ESCENAS PAPELERAS, por Antonio María Labayen.—Zarauz 1947.

A Antonio Labayen le ha tocado representar el papel de Trovador del **Rey Papel**. Las gestas papeleras guipuzcoanas, las de antes y las de ahora, reclamaban un juglar. Y éste ha surgido en la persona de Labayen y de los puntos de su pluma ha salido el Romancero del producto básico de la industria del libro.

Historia, folklore, técnica, sociología y hasta heráldica, de todo hay en el libro que comentamos, siempre que de alguna manera tengan que ver esas disciplinas con la elaboración del papel. Y todo ello escrito con gallardía, gracias a la agilidad de una pluma que debe ser más frecuentemente ejercitada.

Puede decirse que todos los recovecos de un asunto tan guipuzcoano, como es el de la producción de ese maravilloso "soporte" de la cultura, han sido hurgados por la inquisidora pluma de Labayen, incluso los escapes tóxicos que destruyen la riqueza piscícola de nuestros ríos, para los que pide una severa y efectiva coerción.

Bien quisieramos, por lo demás, que su afirmación categórica de que "el primer documento guipuzcoano extendido en papel, lo haya sido en Tolosa y que su firmante fuese el ilustre tolosano Don Menjón de Andía", fué confirmada por la realidad.

F. A.